

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**EL PADRE PÍO Y LAS ALMAS  
DEL PURGATORIO**

**S. MILLÁN – 2024**

## **ÍNDICE GENERAL**

### **INTRODUCCIÓN**

Testimonios del padre Pío.

Otros ejemplos.

Sus padres.

Evangelizar a los difuntos.

Un lugar de oscuridad.

Ángeles cantores.

### **CONCLUSIÓN**

### **BIBLIOGRAFÍA**

## INTRODUCCIÓN

Después de la muerte, el alma experimenta el amor de Dios en toda su plenitud. Solo los que lo rechacen preferirán ir con los demonios a pasar toda la eternidad en un infierno de odio, violencia y maldad. Los que aceptan a Dios y están espiritualmente enfermos por sus pecados cometidos, necesitan purificación y maduración en la fe para vivir en el cielo, en la plenitud de la felicidad como verdaderos católicos para siempre. En el cielo todos serán católicos. Para llegar al cielo deben sufrir la mayoría una dolorosa purificación. Felizmente la misericordia de Dios permite que los vivos puedan suplir por los difuntos y así puedan sanarse más rápidamente. Es como si les obtuviéramos la medicina adecuada que, en un instante o en poco tiempo, los curara y los purificara totalmente. O como si pagáramos su deuda de golpe (indulgencia plenaria) para que fueran directamente al cielo, o pagarla por partes para que vayan creciendo gradualmente hasta la plenitud de su amor.

Una religiosa hablaba así del purgatorio: Supongamos que un día se abre una puerta y aparece un ser espléndido y maravilloso. Nosotros nos sentimos anonadados y fascinados por su belleza y él nos dice que está locamente enamorado de nosotros. Uds. jamás han soñado poder ser amados así. Tienen gran deseo de arrojarse en sus brazos para sentir su amor, pero se dan cuenta que hace meses que no se asean y huelen mal, tienen el pelo grasiento y el vestido lleno de manchas... Y le dicen: Espere un momento, y se van primero a lavarse y asecarse. Pero el amor es tan intenso que cada minuto de retraso es un sufrimiento insoportable. Pues bien, el purgatorio es algo de eso, un retraso impuesto por nuestra impureza antes del abrazo pleno y definitivo con Dios. El purgatorio es un deseo inmenso de Dios, un deseo loco de amar a Dios en plenitud, que hace sufrir lo indecible al alma que espera.

Sin embargo, podemos decir que el purgatorio no es una cárcel terrible en la cual el alma es prisionera de la venganza divina. NO. El purgatorio es una penosa purificación para hacer capaz al alma de gozar plenamente de la felicidad del paraíso ¿Quién podría decir que es cruel quitarle la pelusa del ojo a alguien para que pueda disfrutar de la belleza del paisaje? ¿Quién consideraría una crueldad el hacer tomar al enfermo de estómago una amarga medicina para que pueda disfrutar del banquete al que está invitado? El alma, en el purgatorio, es una alma enferma que necesita las medicinas de los sufragios, oraciones y misas para sanarse y ser feliz. En el purgatorio, debemos pagar hasta el más mínimo pecado y lavar la más mínima mancha. Por eso, no debemos dejar pasar fácilmente los pecados veniales, como si no tuvieran importancia. Todo pecado, hasta el más pequeño, es una imperfección y una falta de amor a Dios. Aquellos que dicen: “Con un rinconcito en el cielo me conformo”, no saben lo que dicen. Tendrán grandes padecimientos con vivísimos deseos de hacer las buenas obras

que no hicieron y verán a muchas almas a quienes han privado de sus buenas acciones. Toda pereza y todo desinterés por mejorar se convertirá en el más allá en gran tormento del alma.

## TESTIMONIOS DEL PADRE PÍO

Una tarde en plena guerra mundial después de la cena, el convento ya estaba cerrado en San Giovanni Rotondo y los frailes sintieron voces provenientes de la entrada, que decían *Viva el padre Pío*. El Superior, padre Rafael de san Elías, llamó al hermano encargado de la portería, que era fray Gerardo de Deliceto, y le encargó que bajara a ver qué pasaba en la entrada y ver quiénes habían entrado en esa hora tardía. Fray Gerardo obedeció y encontró todo en orden y no había nadie.

Al otro día por la mañana el Superior le preguntó al padre Pío si sabía algo y el padre Pío contestó, como si fuera la cosa más normal del mundo,, que aquellas voces que habían gritado Viva el padre Pío eran de soldados muertos en la guerra, que habían venido a agradecerle sus oraciones para salir del purgatorio<sup>1</sup>.

En una ocasión, faltando seis días para abrir las escuelas, el maestro de Pietrelcina, dio a los alumnos dos días de fiesta para celebrar la fiesta de todos los difuntos y de todos los santos, el 1 y 2 de noviembre. Dice el padre Pío: Cuando me desperté, me vestí rápido y oí la campana de la iglesia, que tocaba a muerto. Fui a la iglesia a oír la misa y después yo y mi madre fuimos al cementerio. Rezamos el rosario y el De profundis. Después fuimos a visitar el osario, en el que estaban los huesos de una señora que se conservaban casi intactos. Entraron algunas otras personas con lamparitas en las manos y cantaron algunas bellas oraciones. A la salida vi una jovencita que ponía una corona de flores sobre la tumba de su madre. Otra mujer lloraba por su amado hijo, que hacía tres días había muerto de enfermedad. Después regresamos a casa <sup>2</sup>.

Ciertamente estas experiencias que cuenta el padre Pío de su niñez en que en su pueblo sencillo vivió estas escenas de oración por los difuntos lo marcaron para toda la vida, porque siempre tuvo muy presentes a los difuntos, para rezar por ellos con el fin de que salieran cuanto antes de los sufrimientos del purgatorio.

---

<sup>1</sup> Parente Alessio, *Padre Pío e le anime del purgatorio*, Ed. Padre Pío da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo, 2022, pp. 54-56.

<sup>2</sup> Ib. p. 78.

Fray Modestino de Pietrelcina, sacerdote capuchino, que vivió varios años junto al padre Pío en San Giovanni Rotondo, refiere: En 1945, una tarde, el padre Pío salió del coro después de la bendición eucarística vespertina. Yo estaba con él en el corredor que llevaba a su celda y le pregunté: Padre, ¿qué piensa de las llamas del purgatorio? Él me respondió: *Si el Señor permitiera a un alma pasar de aquel fuego al más ardiente de la tierra, sería como pasar del agua hirviendo al agua fresca* <sup>3</sup>.

En 1946 un doctor muy cercano y amigo del padre Pío recibió una carta de una señora que tenía una hija gravemente enferma. La chica, en la flor de la edad, estaba reducida a piel y huesos y parecía que nadie podía salvarla. La madre pedía al doctor que la recomendara al padre Pío y le pidiera su bendición para su hija. El doctor le habló al padre Pío. Le dijo: *Tengo que leerle una carta*. Pero le contestó: *Me la lees en otra ocasión. Ahora no tengo tiempo*. El doctor tuvo que viajar y al regreso pensó: *Tengo que leerle la carta al padre Pío*. Esa misma tarde fue a verlo. Le leyó la carta y el padre Pío le dijo: *Fiat*, quería decirle que había que cumplir la voluntad de Dios.

Cuando la madre escribió la carta, la chica estaba aún con vida. El doctor pensó que quizás la chica había muerto o que las oraciones ya no servían. Pero el padre Pío le aclaró: *¿No sabes que puedo rezar ahora por la buena muerte de mi bisabuelo?* Te lo explicaré con un ejemplo: Nosotros dos morimos, y por la bondad de Dios y su misericordia quedamos 100 años en el purgatorio. Durante estos años nadie se acuerda de nosotros ni manda celebrar una misa por nosotros. Pasan 100 años y alguno se acuerda de mandar celebrar una misa por el padre Pío y por el doctor. Como para Dios no existe el pasado ni el futuro y todo es eterno presente. Aquella misa que se celebró después de 100 años de purgatorio Dios la tuvo presente a la hora de su muerte. Y algo interesante, ese mismo día el doctor regresó a su casa y su esposa le mostró una carta de la madre de la chica en la que agradecía por haberle hablado al padre Pío, ya que su hija había comenzado a mejorar <sup>4</sup>.

Es interesante observar cómo hay sacerdotes que todos los días en la misa diaria encomiendan a sus antepasados, presentes y futuros, vivos y difuntos. Porque saben que muchos de sus antepasados, que murieron hace mil o 15.000 años, pudieron recibir en su momento gracias especiales, porque Dios sabía que después de ese tiempo un sacerdote rezaría por él y lo mismo sucederá con los descendientes físicos o espirituales a los que encomiende en la misa, porque dentro de mil o más años, en que mueran, Dios los bendecirá porque ya alguien había rezado por ellos hacía mucho tiempo, aun sin conocerlos. Y por otra parte

---

<sup>3</sup> Ib. pp. 95-96.

<sup>4</sup> Ib. pp. 103-104.

no olvidemos que los difuntos, que están en el purgatorio, pueden orar por nosotros; que vivimos aún en esta tierra. Y ellos son agradecidos y nos pueden ayudar mucho desde el purgatorio como desde el cielo con agradecimiento. ¡Gloria sea dada a Dios por su misericordia infinita! Amén.

El profesor Gerardo De Caro era uno de los mejores amigos del padre Pío. Estaba casado y con hijos, y enseñaba en el Instituto de Foggia. Frecuentaba el convento de San Giovanni Rotondo y era terciario franciscano. Era también hijo espiritual del padre Pío. Él nos dice: Un día de 1943 le recomendé al padre Pío el alma de un escritor que yo había preferido en mis lecturas juveniles. No le di el nombre del escritor. El padre entendió de quién se trataba y dijo: *Amó demasiado a las criaturas*. Le pregunté cuánto tiempo debía pasar en el purgatorio y me respondió: *Unos cien años*. Y añadió: Hay que rezar mucho por las almas del purgatorio. No podemos imaginar todo lo que ellas pueden hacer por nosotros por agradecimiento. Las oraciones de las almas que sufren en el purgatorio son muy agradables Dios, porque son oraciones con sufrimiento <sup>5</sup>.

Recordemos que el hecho de morir de una larga enfermedad o en medio de dolores puede ser un gran beneficio para el alma, si sabe ofrecer estos sufrimientos a Dios. Eso es en este caso como pasar el purgatorio o una parte de él antes de morir por haberle ofrecido al Señor sus sufrimientos previamente. Pero si uno se rebela y rechaza ese regalo que Dios le ofrece, tendrá que pagar hasta los más mínimos detalles de su vida en el más allá con todos los sufrimientos que debe soportar en el purgatorio.

El Padre Pío pedía muchas veces a los estudiantes del convento que rezaran mucho por las almas del purgatorio y a veces los animaba contándoles algunas experiencias personales. Nos dice por ejemplo: Hacia fines de 1937 murió el padre Bernardo d'Alpicella, que era provincial. Según la costumbre, todos los sacerdotes de la provincia debían celebrar tres misas por su alma. Una noche, a la misma hora en que murió el padre Bernardo, el padre Pío se dispuso a dejar el coro para ir a descansar. Antes de salir miró el sagrario como para despedirse de Jesús y vio clara y distintamente al difunto padre Bernardo dirigirse a la sacristía. Padre Pío lo vio así tres noches seguidas. El padre Rafael, que era el Superior del padre Pío, comentó: Es posible que el padre Bernardo se haya aparecido al padre Pío para agradecerle sus oraciones y manifestarle su liberación del purgatorio <sup>6</sup>.

Nina Campanile fue una de las primeras hijas espirituales del padre Pío. Manifestó que, cuando el padre Pío llegó a San Giovanni Rotondo, se extendió la

---

<sup>5</sup> Ib. pp. 109-110.

<sup>6</sup> Ib. pp. 140-141.

voz de que había llegado un fraile nuevo y que era un santo llamado Pío. Las hermanas Campanile fueron de las primeras en subir al convento para saludarlo. En esos momentos su familia estaba de luto por la muerte de su hermano Pasqualino, en la guerra de 1915-1918. La mamá estaba preocupada por la inseguridad de si se había o no salvado. Un día le dijo a su hija Nina. *Vete a ver al padre Pío y pregúntale si tu hermano se ha salvado.* Nina rehusó hacerlo, diciendo: *Cómo lo va a saber el padre Pío Solo los santos del cielo pueden saberlo.* Además en ese tiempo no había teléfono, ni luz eléctrica, ni aviones, ni automóviles, Las comunicaciones se hacían por medio de burros y caballos.

Como Nina no quería preguntarle al padre Pío, la madre pidió ayuda a la maestra Vittorina Ventrella, que conocía a los frailes y frecuentaba el convento. El 5 de octubre Nina y Vittorina subieron al convento y la señorita Ventrella le hizo la pregunta al padre Pío. Él mirando severamente a Nina, le contestó: *Si la piedad de Dios fuese como tú la imaginas, todos los hombres estarían en el infierno. Sí esta salvado tu hermano, pero necesita muchas oraciones.*

Nina le dio la noticia a su madre, que quedó tranquila. A partir de entonces, Nina comenzó a frecuentar el convento y el padre Pío fue su guía espiritual. En la noche de Navidad de 1918, terminada ya la guerra, le volvió a preguntar sobre su hermano y el padre Pío le respondió: *Está arriba en el cielo. Puede imaginarse su alegría y la alegría de toda la familia. Su madre tenía un hijo en el cielo y ella tenía a su querido hermano. ¡Gloria a Dios!*<sup>7</sup>.

Carmela Marocchino contó otro suceso. Ella era hermana de un fraile capuchino, del padre Vittore da Canosa, muerto el 29 de enero de 1958. Su hermano murió de improviso sin ninguna preparación, sin la presencia de ningún sacerdote y sin recibir los últimos sacramentos. Él nos dice: *Yo me preguntaba si se había salvado a causa de su muerte repentina. Algunos días después de su muerte, mientras lloraba, dije al padre Pío: Padre, ¿por qué Dios se lo ha llevado? El padre respondió: ¿Sabes lo que Jesús ha hecho de tu hermano? Jesús ha ido a su jardín y allí había muchas flores, pero una era más bella que las otras. Se inclinó y la cogió. Eso ha hecho Jesús. Está a salvo, pero hay que rezar por él.* El 29 de julio, día en que su hermano festejaba su cumpleaños, esperando que ya se encontrara en el cielo, le preguntó de nuevo al padre Pío en la confesión, si ya su hermano estaba en el paraíso, y el padre contestó: *Hija, nosotros los sacerdotes debemos estar más preparados que el resto. Continuemos rezando por él.* El 28 de diciembre de 1958 fue a confesarse y el padre Pío le manifestó que ya su hermano estaba en el cielo. Y ella, llena de alegría, pensó que, a pesar de ser sacerdote, su hermano debió estar once meses en el purgatorio como responsable de la dirección espiritual de muchas almas.

---

<sup>7</sup> Ib. pp. 152-156.

También le preguntó por sus padres difuntos desde hacía muchos años. Y también respondió que estaban ya en el paraíso. Los sufragios que les hacían y no los necesitaban, Dios los aplicaba a otras almas, nada se pierde <sup>8</sup>.

Otro caso. En 1965 mi padre, que era judío de religión, se enfermó gravemente a causa de la enfermedad que se llama ELA (Esclerosis amiotrófica lateral), que conduce a la muerte. Había escrito al padre Pío, pidiéndole rezar por la curación de mi padre, óptimo esposo y padre, hombre generoso y humilde. Él creía firmemente en Dios y vivió creyendo y practicando la religión judía. Recibí respuesta de que el padre Pío había rezado por él. En febrero de 1966 mi padre murió y yo estaba intranquila, a pesar de que lo quería mucho y estaba muy unida a mi padre. Pasado un tiempo de su muerte, me empecé a preocupar de su suerte eterna. Oí a algunas personas católicas y protestantes afirmar que una persona, si no había recibido el bautismo, no podía salvarse. Este pensamiento me turbó mucho. Cuando en octubre de 1967 fui a San Giovanni Rotondo, una amiga mía personal me invitó a escribir un carta, preguntando algunas cosas. Ella lo entregaría al padre Pío, anotando claramente que el papá no se había bautizado, pero que era un hombre de buenos sentimientos. Recibí la respuesta y me sentí muy alegre al leer: *Julius Fine está salvo, pero es necesario rezar mucho por él*. Así adquirí la paz y oré y pedí oraciones por mi papá <sup>9</sup>.

El padre Francesco Napolitano, capuchino, que había sido discípulo del padre Pío y misionero en Chile, nos cuenta: En 1928 el padre del padre Pío, Grazio Forgione, que todos llamábamos confidencialmente *Tío Razio*, acostumbraba a ir de vez en cuando a San Giovanni Rotondo a ver a su hijo. Una tarde, después de la recreación de la cena, como era costumbre de los frailes, el tío Razio se dirigió a la celda que le había asignado el Superior del convento, que era la número 10. Cuando se acercó, vio dos frailes delante de su puerta, que no le dejaban entrar. Creyó que eran extranjeros que se habían equivocado de habitación Tío Razio les dijo amablemente que quería descansar para convencerlos de dejarlo pasar, porque aquella era la celda que le había asignado el Superior, pero fue en vano. En un momento en que intentó por la fuerza pasar entre los dos, ellos desaparecieron. Confundido y turbado, corrió donde su hijo el padre Pío a contarle el hecho. Padre Pío entendió inmediatamente, abrazó a su padre, lo tranquilizó y le dijo: *Papá, esos dos frailes que has visto son dos pobres religiosos que se encuentran en el purgatorio en el lugar donde han violado la regla de San Francisco. Han venido a pedir que les ayuden con oraciones para salir pronto e ir al cielo. Vete a dormir tranquilamente, porque no te harán ningún daño* <sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Ib. pp. 156-158.

<sup>9</sup> Ib. pp. 159-160.

<sup>10</sup> Ib. pp. 165-167.

El mismo Francesco Napolitano nos cuenta otra historia. Era el año 1945, había en el convento un hermano lego, no sacerdote, de nombre Pietro y tenía el oficio de limosnero. Iba por las casas del pueblo y de otros pueblos cercanos a pedir ayuda para los frailes, sobre todo en tiempo de la cosecha de olivas, uvas, cereales etc. Esta tarea la realizaba fuera del convento, pero no se le dispensaba de participar en las oraciones comunitarias, en la meditación y rezo del oficio divino, misas, etc. Los hermanos de obediencia como él, en vez del rezo del breviario, rezaban 76 padrenuestros.

Una día después del rezo del Oficio divino a medianoche, fray Pietro, al regresar a su celda, encontró sobre su mesa un joven fraile con la cabeza inclinada, cubierta con la capucha y con la manos juntas, como si estuviese meditando. Le preguntó: ¿Qué haces aquí? Pero el joven fraile desapareció. Muy sorprendido y con temor, corrió al padre Pío a pedirle ayuda y protección. El padre Pío le escuchó su relato y trató de tranquilizarlo. Después, poniéndole el brazo sobre las espaldas, lo abrazó y lo acompañó a su celda. Le dijo: Fray Pietro, el joven fraile que has visto era un pobre novicio que pasa su purgatorio en esa celda, pero no te espantes, porque no te molestará más. Encomiéndalo a Dios para que pronto vaya al paraíso. Ahora vete a dormir tranquilo y duerme en paz <sup>11</sup>.

El padre Alberto D'Apolito nos dice: En 1922 yo era seminarista en el convento del padre Pío, un día me sucedió que bajé a calentarme al fuego común y vi a cuatro frailes nunca antes vistos, sentados entorno al fuego con la capucha echada sobre la cabeza y estando en silencio. Les dije: *Alabado sea Jesucristo*. No me respondieron. Maravillado, los miré atentamente, pero no los conocía. Estuve de pie algunos minutos mirándolos y tuve la sensación de que sufrían. Repetí el saludo sin que me respondieran. Subí a la celda del padre Superior para informarme de quiénes eran los forasteros. El padre Superior, el padre Lorenzo de San Marco in Lamis, me respondió: Es posible que hayan llegado forasteros sin que yo sepa nada. Vamos a ver. Bajamos al fuego común y no encontramos a nadie. Entonces comprendí que los cuatro hermanos vistos eran religiosos difuntos que descontaban el purgatorio en aquel lugar, donde habían ofendido al Señor. Pasé toda la noche ante el Santísimo Sacramento, rezando por ellos <sup>12</sup>.

El padre Alessio Parente nos cuenta una experiencia personal: En 1949 yo tenía 16 años y estaba como seminarista en el convento capuchino de San Marco in Catola (Foggia). Conmigo estaban 24 seminaristas: Nuestro dormitorio estaba en el primer piso y allí dormía también nuestro director, que era el padre

---

<sup>11</sup> Ib. pp. 169-172.

<sup>12</sup> Ib. pp. 181-184.

Atanasio da Teano. Aquel año el invierno fue muy fuerte y yo, jovencito lleno de energía, estuve poco atento a los males de la estación. Una tarde descubrí que tenía bronquitis y mucha tos. Aquella noche los intentos de mi director y de mis compañeros por dormir eran vanos. Por eso el director se acercó a mí y me dijo: Así no podemos continuar toda la noche. Me acompañó a otra celda del convento en el piso de arriba y puso un catre para que durmiera. Quedé solo con el rosario en las manos para rezar y toser. En cierto momento sentí que mis mantas se deslizaban hasta los pies. Con un movimiento instintivo las puse en su lugar. Pasaron algunos minutos y volvió a suceder lo mismo. ¡Qué extraño!, dije. ¿Por qué estas mantas se van solas? Cuando pasó una tercera vez, traté de encender el interruptor de la luz y sentí unas manos que alejaban mi mano del interruptor. Comencé a advertir una presencia que me espantó. Me levanté y encendí la luz. La ventana y la puerta estaba cerradas. Busqué debajo de la cama, pero en vano. Recé avemarías con el rosario por las almas del purgatorio. No sé cuánto tiempo seguí rezando por las almas del purgatorio, solo recuerdo con certeza que a la mañana siguiente me despertó el director a una hora tardía. No tenía tos y estaba en plena forma. Conté al director lo que me había pasado. El director para no asustarme me tranquilizó, diciéndome que no pensara en eso, porque la imaginación hace pensar cosas raras. No pensé más, pero dos años después estaba frecuentando la escuela superior del convento de Pietrelcina.

Un día el padre Atanasio nos dio una charla sobre las almas benditas y vuelto a mí me dijo: ¿Te acuerdas de aquella noche en San Marco la Catola, cuando recibiste la visita de un extraño? Tú me contaste que alguien te quitaba las mantas hasta los pies y no te dejaba encender la luz. A esa hora yo fui a verte para controlar tu tos. Apenas entré en el corredor, vi un sacerdote delante de tu puerta, sentado en el suelo. Me asusté y fui al piso inferior, al dormitorio de los seminaristas. Al día siguiente revisé las crónicas del convento y descubrí que algunos años antes había muerto en aquella celda un sacerdote. Se trataba de un sacerdote diocesano, enviado allí por su obispo para un retiro de tres meses, por un comportamiento poco apropiado. Así tuve la confirmación de la aventura de aquella noche con aquella alma del purgatorio. Aquella alma estaba olvidada de los frailes y familiares. La celda estaba vacía y jamás había sido habitada desde que había muerto ese sacerdote. Desde entonces las almas del purgatorio están constantemente presentes en mis oraciones y en mis misas <sup>13</sup>.

Un día le dijo el padre Pío a su hija espiritual Antonietta Pompilio: He hecho un pacto con Dios. Después de mi muerte y cuando entre al paraíso, estaré a la puerta del cielo y no entraré hasta que no haya visto entrar delante de mí hasta el último de mis hijos espirituales <sup>14</sup>.

---

<sup>13</sup> Ib. pp. 191-194.

<sup>14</sup> Ib. p. 216.

Giorgio Festa escribió en su libro *Misteri di scienza e luci di fede*, que visitó al padre Pío en 1919 enviado por el padre Superior general de los capuchinos, después que se supo que tenía las llagas de Cristo. Giuseppe Tozzo era un joven llamado Peppino. Era bueno honesto y cristiano. Tenía 24 años y fue golpeado por una terrible enfermedad. Tenía sarcoma difuso en la masa encefálica. Había visitado los mejores médicos de Roma. Uno de ellos, el doctor Busi, trató de esterilizar el tumor, pero fue inútil. Los padres interesaron en el caso al padre Pío y oraban mucho. Un día el padre Pío sugirió a sus padres llevar a su hijo a su amigo el doctor Giorgio Festa. Dice el doctor: Cuando lo visité, la enfermedad estaba ya avanzada después de un año. El joven había perdido la vista de ambos ojos. El tumor ya había invadido la parte posterior occipital y tenía grandes dolores. El padre Pío lo visitó alguna vez con sus padres, tuvo una visión de su futuro. Sintió la necesidad de hablarle al joven, que aceptó con gratitud la voluntad de Dios. Recibió un tierno abrazo del padre Pío y en coche lo llevaron a casa. Tenía dolores en la cabeza, que parecía le iba a explotar. Cuando estaba más tranquilo, oraba y oraba. Cuando murió, dice el doctor Festa, el padre Pío dijo: *Es un bendito. Ha subido al cielo apenas pasando por la puerta del purgatorio* <sup>15</sup>. Dios lo había preparado para que pasara el purgatorio en la tierra e ir directamente al cielo para gozar de la plena felicidad para siempre, para siempre.

## OTROS EJEMPLOS

Cuando el padre Pío estaba en su pueblo de Pietrelcina por razón de enfermedad, el sacerdote que había sucedido al arcipreste Caporaso había notado en diferentes días que su predecesor ya difunto, estaba arrodillado detrás del altar. Lo mismo observó la mujer del sacristán, cuando por la mañana iba a la iglesia, pues veía un sacerdote celebrar la misa. El padre Pío también lo vio, pero no le dio importancia, pensando que era un sacerdote que había ido a rezar. Después de un mes, apenas terminada la misa, el difunto le dice al arcipreste: *Ahora puedes estar tranquilo, pues ya no vendré más. Pero qué caro cuesta hacer la procesión del Corpus después de la misa, sin hacer la acción de gracias. El arcipreste le contó al padre Pío que, cuando vivía el padre Caporaso, con frecuencia, apenas terminada la misa, se iba a la farmacia que estaba junto a la iglesia sin hacer la acción de gracias* <sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Ib. pp. 234-236.

<sup>16</sup> Positio super virtutibus III/1, p. 805.

En otoño de 1917, una tarde el padre Pío se sentó junto al fuego, porque estaba cansado y empezó a rezar el rosario. Se adormeció y, al despertarse, encontró un anciano junto al fuego envuelto en un capote. El padre Pío le preguntó:

- *Tú ¿quién eres y qué haces?*
- *Yo soy tal y tal, que murió quemado en este convento y estoy aquí para descontar mi purgatorio.*

El padre Pío le prometió celebrar la misa del día siguiente por él y le pidió que no se hiciera ver más. Un día refirió este suceso al padre Paolino. El padre Paolino fue a la alcaldía y encontró que, ciertamente, había muerto quemado en el convento un anciano de nombre N.N., todo tal como lo había contado el padre Pío <sup>17</sup>. Se refería a Pietro Di Mauro, que había muerto quemado el 8 de septiembre de 1908.

El padre Marcelino cuenta que oyó más de una vez al mismo padre Pío lo siguiente: *Una noche me quedé a orar en el coro y, en cierto momento, oí ruido de candeleros proveniente del altar mayor. Pensé que algún hermano estaba en la iglesia, pero, continuando aquellos ruidos, pregunté:*

- *¿Quién es?*
- *Soy un novicio que descuento mi purgatorio, haciendo la limpieza del altar mayor, porque la descuidé cuando debí hacerla. Ore por mí.*

*Después de unos momentos, salí del coro para acompañar a los hermanos que estaban calentándose en el fuego común, pero, apenas comencé a bajar las escaleras, encontré un joven desconocido. Sentí que era el novicio que me había hablado. Me dijo solamente: “Gracias”. Y desapareció <sup>18</sup>.*

El 29 de diciembre de 1936 moría el padre Giuseppantonio. El padre Pío sabía que estaba muy grave. El día 30 el padre Pío lo vio en su habitación y le preguntó:

- *¿Cómo? ¿Me han dicho que estás gravemente enfermo y estás aquí?*
- *Ya se me han pasado todas las enfermedades.*

*Y desapareció <sup>19</sup>.*

---

<sup>17</sup> Positio super virtutibus, III/1, p. 803.

<sup>18</sup> Positio II, p. 347.

<sup>19</sup> Positio III/1, p. 802.

Fray Modestino declaró en el Proceso de canonización: *El padre Pío me habló sobre la muerte de mi padre y me dijo: “Tu padre está en el purgatorio y tiene necesidad sufragios”. Sobre la suerte del padre Guido afirmó: “Ni siquiera ha estado en el purgatorio, está ya en el paraíso”. Este padre había sufrido dos meses sin lamentarse de un dolorosísimo tumor al pulmón* <sup>20</sup>.

El padre Pierino Galerone certificó en el Proceso que un día se le presentó una madre cuyo hijo había desaparecido en Rusia, pidiéndole que le preguntara al padre Pío si su hijo estaba vivo. El padre Pío con lágrimas en los ojos respondió: *Dile a la madre que yo mismo lo he acompañado al paraíso*. Ella explotó en llanto, pero poco a poco se serenó y esperó a que pasase el padre Pío para agradecerle y besar su mano <sup>21</sup>. El mismo padre Pierino refiere: *En 1948 alguien me preguntó sobre su hermana difunta. El año anterior el padre Pío había dicho que estaba todavía en el purgatorio, pero en esta oportunidad me respondió que ya estaba en el cielo* <sup>22</sup>.

El padre Nazareno certificó: *Una vez una persona muy cercana al convento me pidió que le preguntara al padre Pío sobre la suerte de un hijo que estaba en la guerra. El padre Pío respondió que ya se encontraba en la gloria de Dios* <sup>23</sup>.

Pero no todo eran buenas noticias. A una viuda de san Severo, que había mandado preguntar al padre Pío sobre la suerte eterna de su esposo, que se había suicidado, respondió: *No hay ninguna esperanza* <sup>24</sup>.

## SUS PADRES

Zia Giuseppa o zia Peppa era la madre del padre Pío. En una ocasión quiso ir a San Giovanni Rotondo para visitar a su hijo y la señorita Mary Pyle, la americana, la alojó en su casa para que pasara la Navidad de aquel año 1928 junto a él. Pero aquellos días hizo mucho frío y cayó abundante nieve. Zia Peppa no debía ir a la misa de la vigilia de Navidad por tener un principio de pulmonía. Fue a la misa de medianoche, pero se empeoró y, al día siguiente, fiesta de Navidad, debió estar en cama con tos y fiebre alta. En aquel tiempo una pulmonía era una enfermedad grave. El padre Pío fue a visitarla cada día hasta que murió en sus brazos el 3 de enero. Al día siguiente el padre Pío vio que mucha gente acompañó el cadáver de su madre al cementerio. Al regreso del

---

<sup>20</sup> Positio II, p. 133.

<sup>21</sup> Positio II, p. 1105.

<sup>22</sup> Positio II, p. 1105.

<sup>23</sup> Positio I/1, p. 556.

<sup>24</sup> Positio II, p. 96.

cementerio el padre Pío estaba muy débil y tuvo que quedarse en cama en casa de la americana y sollozaba diciendo: *Mi mamita, mi querida mamita*. Cuando alguien le dijo que tuviera resignación, manifestó: *Mis lágrimas son lágrimas de amor y solo de amor*.

El 7 de octubre de 1947 murió su padre, que también fue enterrado junto a su esposa, e igualmente el padre Pío lo sintió mucho humanamente, pero derramando solo lágrimas de amor por su padre, a quien igualmente quería mucho como a su madre.

## **EVANGELIZAR A LOS PADRES DIFUNTOS**

El padre James Manjackal es un sacerdote que tiene las llagas de Cristo y habla de su ministerio de predicación a los difuntos. En el purgatorio, no solo se purifican los difuntos de sus pecados, sino también deben madurar en la fe y para ello deben conocerla. Recordemos que en el cielo todos serán católicos convencidos, porque la fe católica es la que tiene en plenitud toda la verdad revelada. Por eso, todos los difuntos, que no hayan conocido la verdadera fe por ser ateos o de otras religiones o católicos indiferentes sin ser practicantes, deben conocerla fe y vivirla en plenitud en el cielo. El padre James, a quien conocí personalmente, nos habla de su ministerio de predicación con los muertos.

En su libro *Vi la eternidad* refiere: Predico a los difuntos desde hace 18 años. Es un ministerio espiritual hermoso, que todos pueden hacer, especialmente los sacerdotes. Tenemos el deber de predicar el evangelio, no solo a los que están vivos sobre la tierra, sino también a aquellos que se han ido de la tierra al otro mundo, pero que realmente están vivos en el más allá. En los lugares de sufrimiento descritos sobre el purgatorio, yo tenía mucho trabajo de evangelizarlos, predicarles, escuchar confesiones, aconsejarlos, consolarlos, rezar sobre ellos, bautizarlos etc. Deseé en mi corazón quedarme allí (en el purgatorio) para siempre con el ministerio de salvar a los muertos en lugar de regresar a la tierra. Después de su conversión y de su reconciliación con Dios, los vi que eran subidos al cielo. Estaban volando como ángeles. Podía escuchar la melodía celestial de los ángeles <sup>25</sup>.

De vez en cuando, durante mi tiempo de oración, algunas almas vienen pidiendo ayuda. Yo les predico, escucho sus confesiones y los absuelvo de sus pecados y a algunas las bautizo en el Espíritu <sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> James Manjackal, *Vi la eternidad*, Charis Books, Madrid, pp. 88-89.

<sup>26</sup> Ib. p. 90.

Cuando en 1997 el Espíritu Santo me pidió que predicara y evangelizara a aquellos que se habían ido al otro mundo, empecé sencillamente a rezar el rosario por ellos, ofrecer santas misas y oraciones silenciosas de intercesión. Pasado algún tiempo, tuve la experiencia de que las almas venían a mí pidiendo oraciones. Empezaron a identificarse a sí mismas junto con su vida de pecado y solicitaban el perdón, la absolución, penitencia y el ofrecimiento de misas. A partir de ese momento, separé un tiempo para realizar este ministerio. Cuando no puedo dormir por la noche o cuando tengo tiempo disponible, entonces me comprometo en este ministerio, no desperdicio mi tiempo libre en ver la tele o en otras distracciones. En mis oraciones, el Señor me da la felicidad de poder ver estas almas subir al cielo <sup>27</sup>.

## UN LUGAR DE OSCURIDAD

En el purgatorio fui llevado a un lugar de oscuridad, que estaba completamente separado de los otros lugares. No había fuego. El Señor me dijo que ahí había personas que no conocieron a Cristo y vivieron en la ignorancia, porque nadie les predicó el Evangelio de la salvación. Ellos eran los no creyentes o aquellos a quienes llamamos paganos. Ahí, en una parte, vi a niños pequeños y a los niños abortados de los vientres de las madres, ellos también estaban en la oscuridad. Mi ángel de la guarda me dijo: *Estos son niños inocentes, pero no pueden entrar en el cielo sin ser bautizados. En los días de las grandes fiestas de la Iglesia, especialmente en la fiestas de la Virgen María, San José y de los Apóstoles, muchos de ellos son bautizados y subidos al cielo. Me sentí muy contento por ellos. ¿Cómo son ellos bautizados en estos días?, ¡no lo sé! No le pregunté a mi ángel.*

Podía ver los rostros de algunos de aquellos paganos en una luz muy baja. Se les veía tristes, pero podía ver mucha esperanza en sus rostros. Reconocí los rostros de algunos hindúes y musulmanes que los conocía de antes, algunos de ellos fueron mis vecinos y compañeros de colegio. Tan pronto como me vieron, corrieron hacia mí y me pidieron que les predicara el Evangelio. ¡Les prediqué durante horas! Muchos de ellos, arrodillándose y elevando las manos hacia lo alto, aceptaron a Jesucristo como su único Salvador y Señor. Les impuse mis manos sobre sus cabezas y recé por el perdón de sus pecados y para que viniera el Espíritu Santo sobre ellos. Los bauticé en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo <sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> Ib. p 92.

<sup>28</sup> Ib. pp. 86-87.

Desde mi visita al purgatorio empecé a orar y a ofrecer misas más fervientemente, con mucho amor y compasión por las almas que se han marchado de aquí. Antes, las almas solían venir y pedirme oraciones sólo durante la santa misa, mientras que ahora vienen, se identifican y piden oraciones también durante la santa Adoración, oraciones de intercesión, y en otros momentos de tranquilidad. A veces les predico, los bautizo y los reconcilio con Dios por medio de confesiones. Alabo a Dios por este ministerio espiritual tan hermoso que Él me ha confiado; porque incluso si no me levanto y camino para ir de país en país predicando un retiro cada semana, puedo continuar el ministerio de evangelización y de reconciliación en mi cama de enfermo. Me siento mal cuando pienso en la ignorancia de la gente y del clero sobre el fuego purificador del purgatorio que quema y es tan ardiente como el fuego del infierno. La única diferencia es que las almas del purgatorio pueden pedir y recibir las oraciones de los demás para aliviar sus sufrimientos y obtener expiación para sus pecados; y tienen la esperanza de que después del tiempo de su expiación, pueden ir al cielo y ver al Señor <sup>29</sup>.

## ÁNGELES CANTORES

Es sabido que los ángeles cantan bien como aquellos ángeles de la noche de Navidad que cantaban: *Gloria a Dios en el cielo*. En la misa están presentes todos los ángeles como en el cielo, pues la misa es el cielo en la tierra. Y se unen al sacerdote cantando, especialmente en el momento del Gloria y del Santo; ofreciendo las buenas obras de los asistentes en el momento de las ofrendas y acompañando a los presentes en el momento de ir a comulgar.

Una noche, en el convento de san Giovanni Rotondo, los religiosos sintieron una música extraña en la iglesia sin poder explicarse el porqué, pues en aquel momento nadie estaba en la iglesia. Fueron a preguntarle al padre Pío y respondió:

- *¿De qué se maravillan? Son las voces de los ángeles que llevan las almas del purgatorio al paraíso* <sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Ib. p. 145.

<sup>30</sup> Parente Alessio, *Mandami il tuo angelo custode*, 1999, p. 186.



## BIBLIOGRAFÍA

- D`Apolito Alberto, *Padre Pío da Pietrelcina, ricordi, esperienze, testimonianze*, Ed. Padre Pio da Pietrelcina, 1997.
- James Manjackal, *Vi la eternidad*, Charis books, Madrid, 2016.
- Louvet Pietro, *Il purgatorio nella rivelazione dei santi*, Editrice Marietti, 1946.
- María Ana Lindmayr, *Il mió rapporto don le anime del purgatorio*, Ed. Segno, 1999.
- Massa Bonaventura, *Padre Pío e le anime del purgatorio in Voce di Padre Pío*, 1978.
- Padre Paolino da Casacalenda, *Le mie memorie intorno a padre Pío*, Ed. P. Pío da Pietrelcina, 1978.
- Padre Pío, *Epistolario I, corrispondenza con i direttori spirituali (1910-1922)*.
- Parente Alessio, *Mandami il tuo angelo custode*, 1999.
- Parente Alessio, *Padre Pío e le anime del purgatorio*, Ed. padre Pío da Pietrelcina, 2022.
- Parente Alessio, *The holy souls, Viva padre Pío*, Ed. P. Pío da Pietrelcina, 1994.
- Simma María, *Le anime del purgatorio mi hanno detto*, Ed. Villadiseriane, 1995.
- Simma María con Nicky Eltz, *Fateci uscire da qui*, Ed. Segno, 1997.